

EL BOSQUE DE MASTCHEY

Clara Melgar Sanz

A las ocho en punto sonó el despertador. Ana se incorporó y bostezó. Se puso las zapatillas y comenzó a vestirse. Después de desayunar se lavó los dientes y esperó a que sus amigas pasaran a buscarla para ir al colegio. Eran las nueve menos diez cuando todas juntas emprendieron la marcha.

Era un día soleado y daba gusto caminar bajo el ardiente sol. Cuando las chicas cruzaron la explanada, vieron que una nube negra y gigantesca rasgaba el cielo.

-¡Vaya, qué lástima si ahora empezara a llover! –se lamentó Desirée.

-Parece que la nube baja –comentó Leire.

-Cierto, parece que tiene manos y nos quiere coger- dijo Claudia.

Otra amiga, Mónica, cruzaba la explanada para reunirse con ellas. Miraba hacia arriba, a la nube.

-¿Y esa nube qué pinta aquí? –exclamó de lejos- ¡Menudo fastidio! No quiero que nos estropee este magnífico día.

-Chi... chicas...M-mmme pa-par-parece que la nube viene a por nosotras –tartamudeó Ana.

La nube emitió un ligero silbido y se abalanzó contra las niñas. Fue inútil correr de un lado a otro, las había capturado.

De pronto, todo comenzó a dar vueltas y las chicas no pararon de chillar hasta que notaron tierra firme bajo sus pies.

-¿Dónde estamos? ¿Qué es esto? Estoy asustada, ¿sabéis? –dijo Claudia.

-No sé –dijo Leire-. Esto no puede estar pasando y...

No pudo continuar. A Desirée se le escapó un grito aterrador, y a las niñas se les paralizó el corazón. Después, Desirée se dejó caer al suelo.

Entonces lo comprendieron. Las chicas supieron dónde estaban. Se encontraban en un bosque, un bosque lúgubre y siniestro. Era el bosque de Mastchey, un bosque que causaba el pánico de toda la ciudad. Ruidos misteriosos, desapariciones extrañas... Era un bosque temible. Más de una vez lo había examinado la policía sin encontrar nada raro que objetar. Las niñas lo temían desde que les hablaron de él, y eso poblaba sus peores pesadillas.

Mónica comenzó a llorar, mientras que Ana, Leire y Aurora se miraban sin comprender del todo lo que pasaba.

-Chicas, tenemos que encontrar la manera de salir de aquí –murmuró Aurora, con voz firme, pero con un brillo de pánico en su mirada.

-No. Lo mejor es quedarse aquí y esperar. Andar de aquí para allá puede ser peor. Imagínate que nos internamos más en el bosque..., y entonces sí que no habría solución –razonó Claudia.

-Sí, es cierto. Lo mejor es quedarnos aquí pensando un remedio –dijo Leire.

Se sentaron en la arena. De pronto, algo le hizo a Ana volver la cabeza.

-Eh, ¿no lo habéis oído? –dijo.

-¿Qué? ¿El qué? No nos asustes, por favor –se alertó Aurora.

Ana pensó que se lo había imaginado. Eran tantos los nervios y el miedo que tenía que sería muy probable que se imaginara cosas extrañas.

-Desirée, deja de hacer la gracia. Deja de hacerme cosquillas en el pie. Creo que hoy no estamos para bromas –se enfadó Mónica.

-¿Qué? Yo no te he hecho nada. Además, no llego a tu pie –dijo Desirée, extrañada.

-Oye, creo que esto es muy raro –dijo Claudia-. ¿No creéis que es demasiado extraño que Ana oiga ruidos y a Mónica le cojan el pie? Creo que aquí hay algo que aclarar.

-Ya, pero a mí nadie me ha cogido el pie, sino que me han hecho cosquillas por debajo –dijo Mónica-, y si alguien me hubiera agarrado de la zapatilla le habríamos visto, a no ser que sea invisible.

-O a no ser que tengas algo debajo de tu pie...-dijo Aurora con miedo.

Mónica miró fijamente a Aurora.

-Levanta el pie –dijo Ana-, despacio...

Mónica respiró hondo y levantó el pie, lentamente...Las niñas suspiraron aliviadas. Sólo era una araña; no era nada raro, una pequeña araña en un bosque. Desirée cogió un palo y apartó a la araña. Después, Mónica volvió a poner la pierna en la arena, en el mismo sitio de antes. Pasaron unos minutos en silencio, hasta que todas vieron cómo, poco a poco, el rostro de Claudia se iba poniendo pálido y una mueca de absoluto pavor se iba apoderando de su cara.

-¿Qué pasa, Claudia? – se alarmó Ana.

Todas siguieron la mirada de Claudia. La niña miraba al pie de Mónica...; por detrás de sus tobillos salían miles, miles de arañas.

-¡AAHHHH...! –gritaron todas al unísono.

Mónica comenzó a chillar y entre todas empezaron a quitarle las arañas de encima: era algo espeluznante, había decenas de ellas, y les costó un buen rato librarse de todas. Era bastante difícil (y repugnante), pero al fin lo consiguieron. Desirée intentó averiguar de dónde salían todos esos bichos y comprobó que había un diminuto agujero debajo de donde había estado

reposando el pie de Mónica. Todas las arañas salían de allí. Las niñas se inclinaron a contemplar el agujero. Mónica se estremeció al pensar que su tobillo había estado allí, tranquilamente...

De pronto salió la luna llena. Las niñas estaban tan asustadas que ni se dieron cuenta de que había anochecido. Pero Ana esbozó una tímida sonrisa. Había vislumbrado un camino. Se lo comunicó a las chicas y salieron corriendo hacia allí, pero con la oscuridad y las prisas por escaparse pronto se desorientaron; ya no veían ningún camino que seguir.

-¡Ahora sí que la hemos liado! –dijo Aurora asustada.

-¿Qué hacemos? –se lamentó Desirée- Podríamos...

-Shhh, callad. Me ha parecido oír algo –murmuró Leire-. Era un sonido leve: clic-clic-clic-clic.

-Oh, no me digas que son otra vez las arañas...-musitó Mónica.

-Claro. Son de nuevo las arañas –dijo Ana muy asustada.

El clic-clic-clic se iba transformando en pi-pi-pi. Eran tantas las arañas que venían, que sonaban sus pasos como un ejército militar. Y las vieron. Al fin vieron a todas las arañas moviéndose con rapidez hacia ellas. Hacían un ruido muy extraño: pi-pi-pi, pipipipi, pipipipi...

Sonó el despertador. Ana se incorporó sobre la cama y se quedó mirando a su alrededor. ¡Todo había sido un sueño! ¡Qué alegría! Ana saltó de la cama feliz.

Una vez que hubo desayunado, pasaron a buscarla sus amigas, como todos los días. Ana les contó su sueño y se lo tomaron a risa.

-¡Qué sueño tan raro! –exclamó Claudia, una de sus amigas-. Espero que eso no pase nunca.

-¡Andá!, mirad esa enorme nube gris. –dijo Aurora.

-¡Vaya, qué lástima si ahora empezara a llover! –se lamentó Desirée.

Ana miró hacia arriba. La sonrisa que habitaba en su rostro se fue convirtiendo poco a poco en una mueca de terror.

-¡¡¡CHICAS, CORRED, CORRED!!! ¡Es la nube de mi sueño, CORRED!